LAS/12

MIRADA DE MUJERES
EN PÁGINA/12
17 DE ENERO DE 2003
AÑO 5 N°249

BOND YA TIENE CHICA AL LADO
LIBROS BARATOS PARA EL VERANO
ANTICIPO: MADRES EN DESUSO



Una tal *Beatriz*

aquellas 3

Una nueva biografía de la escritora y guionista **Beatriz Guido**, escrita por la periodista Cristina Mucci, se interna en los perfiles menos conocidos de quien fuera la compañera inseparable de Babsy Torre Nilsson, y la ubica en un contexto en el que aparece inevitablemente rodeada de las otras dos escritoras hipermediáticas de los '60: **Martha Lynch y Silvina Bullrich**. Tres personajes y tres modos de hacer literatura unidos por una época que las celebró, y a la que le siguió otra larga época en la que fueron olvidadas.

POR SANDRA CHAHER

Cada una a su manera, Silvina Bullrich, Beatriz Guido y Martha Lynch se las ingeniaron para crear una línea que les dio sus mejores éxitos: trascender el ámbito de lo intimista para convertirse en críticas de la realidad. Es innegable que fueron audaces. Rompieron barreras, avanzaron sobre prejuicios y sectores de poder y, hasta donde pudieron, los transgredieron." El trío más mentado, como las llama Cristina Mucci citando una expresión de Bernardo Neustadt, se constituyó en las escritoras-personajes de los '60. Fuertes, polémicas, increíblemente astutas para promocionar sus libros y sus vidas, fueron tan famosas y exitosas en sus años de gloria como ninguneadas después de sus muertes.

Las tres murieron entre 1985 y 1990, en el orden exactamente inverso a su nacimiento. Martha Lynch, la más joven, se suicidó en el '85, a los 60 años, después de atravesar depresiones, frustraciones, desamores, y de haber pasado varias veces por el quirófano para retocar su cara al punto de que los últimos años las fotos la muestran casi desfigurada. Beatriz Guido murió –¿se podría decir de tristeza?– en 1988, a los 66, diez años después de haber enterrado a *Babsy* Torre Nilsson, su gran amor. Y Silvina Bullrich, la que más vendía, la más vieja –había nacido en el '15–, la única de cuna aristocrática pero tan plebeya como las otras dos, quizá la menos prejuiciosa y más zafada, murió a los 75, en 1990.

Cristina Mucci nunca sospechó que sus primeras biografías literarias serían sobre mujeres, y menos sobre éstas. Tres escritoras a las que pocos les reconocen talento y que vivieron los años más controvertidos, atractivos y terroríficos del país, de los '60 a los '80. Pasaron de la cercanía al poder, al rechazo de colegas y amigos, como Lynch; y de la vida vista desde un Mercedes blanco a la pesadumbre de años de decadencia física y la falta de dinero, como Guido.

El proceso que a Mucci ya le lleva más de diez años empezó en forma casi azarosa en 1990, cuando Félix Luna la convocó para escribir una de las biografías de la colección *Mujeres Argentinas* que dirigía en Editorial Planeta. Ella casi sin pensarlo dijo "¿Qué te parece Martha Lynch?" Luna dudó, el suicidio estaba todavía cercano y no era un personaje grato. Pero aceptó. Cuando la investigación estuvo lista, la editorial puso reparos y el texto empezó a circular por escritorios sin anclar en ninguno, como un fantasma sin tumba y sin paz. Recién a fines de los '90, Grupo Editorial Norma decidió publicar la biografía de Martha Lynch y sugirió a Mucci seguir con Guido y Bullrich. El trío más mentado volvía a la palestra y, quizá no casualmente, unido. Como si el vínculo que en vida fue la expresión de la rivalidad de tres mujeres exitosas no tuviera otra posibilidad de reencarnarse que bajo el mismo signo de la competencia.

En el 2000 fue publicada *La señora Lynch. Biografía de una escritora controvertida*. A fines del 2002, *Divina Beatrice. Biografía de la escritora Beatriz Guido*. Y para fines del 2003 estará en las librerías el de Silvina Bullrich.

UN VERDADERO PUGILATO

Si la investigación y escritura de *La señora Lynch* fue para Cristina Mucci una especie de paseo tenebroso por el tren fantasma de las pesadillas de una escritora y un país, la redacción de *Divina Beatrice* debe haber sido como dar vueltas en una calesita colorida y exuberante, con caballitos brincantes y sortijas que duran sólo una vuelta fugaz.

–El libro de Martha fue el más difícil. Me costó dónde pararme para hablar. Mientras empecé a investigar me di cuenta de que con ella iba a repasar toda la historia argentina desde el peronismo en adelante. Pero también me di cuenta de lo representativa que era Martha de la clase media argentina. Que el viraje político que hace desde Frondizi a Cámpora, pasando por Cuba, Montoneros, que deriva en el Proceso, y después vivando a la democracia, era un recorrido que lamentablemente transitó mucha gente. Entonces, por medio de ella yo podía hablar de muchas cosas que sentía, que me pasaban, y del país.

–¿Qué une y qué diferencia a las tres?

–Son muy distintas entre sí. Lo que les veo en común es que compartieron la época y el estrellato literario. En el imaginario de la gente representaban a la intelectual sofisticada de clase alta, irreverente, transgresora... ahora, entre las tres hay características muy diferentes. Primero... en Martha Lynch hay un quiebre profundo interno, de proyecto de vida... Es difícil analizar esto, pero creo que había una cosa masoquista y de autodestrucción. Vos pensá que esta mujer se acerca a Massera, las declaraciones que hace sobre el Proceso... y tenía un hijo y cantidad de amigos que se habían tenido que ir del país; un íntimo amigo, Haroldo Conti, desaparecido; y ella termina metiendo la cabeza... Paralelamente escribe un libro que se llama *La penúltima versión de la Colorada Villanueva* donde describe torturas... O sea, no era una inocente que no sabía dónde estaba parada. Es muy raro el caso de ella, habla de una autodestrucción profunda. Yo la veo tan paralela con una destrucción social argentina... Hay algo ahí. Pero además ella era una buena novelista y sabía contar, quizá es la más pareja literariamente de las tres, y tenía un pensamiento político, una estructura... donde hubo un quiebre. Es lejos el libro que más me interesa de los tres, por lo que representa el personaje para la Argentina. Porque Martha habló de cosas que acá no están cerradas ni clarificadas. Beatriz Guido representa el antiperonismo gorila del '55. Desde *El incendio y las vísperas en adelante* ése fue su tema. Para mí es la mejor escritora de las tres. Tiene libros que me parecen fascinantes como *La caída*, inclusive *Fin de fiesta*, *La mano en la trampa* o *La casa del ángel*. Tiene una magia, un universo propio, más que las otras. Y Silvina Bullrich es una mina que ha escrito buenos libros, aunque cuesta decirlo porque terminó haciendo cualquier cosa. Pero *Los burgueses*, *Boda de cristal*... Tiene pasta, es una escritora, tiene gracia, estilo, sabe contar. Se deterioró porque le interesaba mucho el éxito, la plata, la fama. Era la más conocida. Y vio que sacando un libro todos los veranos era el libro que todos leían y ganaba mucha plata, y empezó a ha-

cer eso y a escribir unas pavadas... Pero no era ninguna tonta y lo dice: que se permitió a sí misma arruinarse. Es la que más representa a una clase alta aristocrática argentina. Las otras dos simulaban pertenecer, pero no lo eran.

La relación entre las tres no era fácil –dice Mucci en *Divina Beatrice*-. *Silvina era la mayor y también la más popular. Era amiga de Martha, con quien se veía seguido, pero prácticamente no tenía relación con Beatriz.*

A su vez Martha Lynch, que siempre estaba donde había que estar y coqueteaba con todo el mundo, también se veía con Guido, aunque no podría decirse que fueran amigas.

Había esa rivalidad de oficio que implica resentimiento, envidia, pequeñas traiciones, todas esas cosas que el machismo cree que son propias solamente de las mujeres, aunque no es así –testimonia Eduardo Gudiño Kieffer en el mismo libro–. *Entre ellas era bastante notable. Cada una me hablaba mal de las otras, sobre todo de los libros de las otras. Como los escritores éramos los equivalentes de los personajes que aparecen en las revistas del corazón de hoy, solían decir: "¿Viste que fea está fulana en la foto de Gente?", y cosas por el estilo. O Silvina decía con cara de consternación: "¡Ay, las piernas de esa pobre Beatriz!" Era un verdadero pugilato. Los encuentros entre ellas eran así: "Hola, querida, ¿estás un poco gordita, no?" o "¡Qué bien te queda! ¿Son canas o es platinado?" Pero siempre agregando: "Qué bien que estás, se te ve regia". Ironías muy obvias.*

UNA IMAGINACION DESBORDANTE

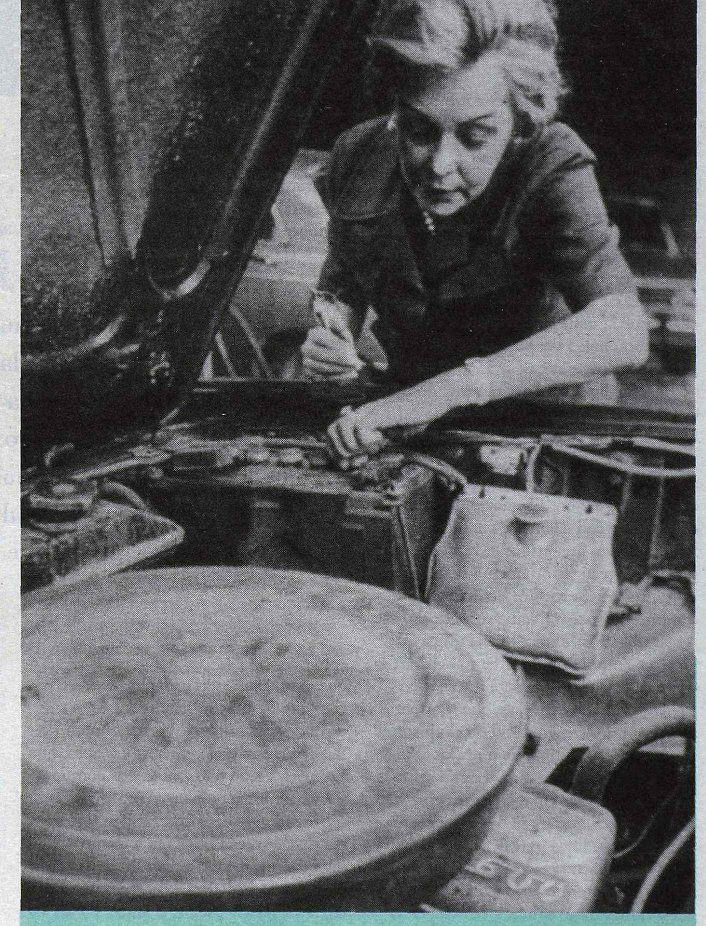
Silvina Bullrich fue la escritora de la aristocracia argentina. Ese fue su tema y era la que mejor lo trataba porque pertenecía a esa aristocracia que en los '60 era cuestionada. Lynch y Guido, en cambio, querían "pertenecer" y pusieron todo su empeño en ello. Martha Frondizi se juntó, después de divorciarse de su primer marido, con Juan Manuel Lynch, un abogado patricio simpático y querible. Beatriz Güido le sacó los puntitos a la "u" y se prometió no hablar jamás de ese abuelo inmigrante, padre de Angel Guido, el arquitecto rosarino que la mimó incondicionalmente hasta que murió, y se empeñó en todos sus libros en retratar a esa clase social que, aunque decadente, fue la pista de despegue y el ámbito de contención social para todas ellas.

–¿Cómo accedía Beatriz Guido a los temas de una aristocracia que no conocía? Y por otra parte, ¿era común en esa época hablar de la sexualidad como hacía ella?

–No era común para nada hablar de esas mujeres con sexualidad reprimida. Ella siempre está hablando de lo escondido, no sólo con el sexo. Ese era su mundo interno, es lo que le da magia a su literatura. Y el sexo, con las películas de Nilsson, se interpretó como una simbología de los miedos argentinos, de los prejuicios, de cómo somos, y yo creo que es así, que los dos están hablando de ese mundo. Beatriz se propone en su literatura interpretar la historia, la sociedad y la política argentina. Y éste es un país bastante confuso y difícil de entender, y en un momento ella ya no lo entendió. La Argentina de los '50 no se le escapa, pero la de los '70 la supera. Ella era la escritora de la fantasía y la imaginación, ése era su don y su límite, y era también la más ambiciosa de las tres, pero creo que porque tenía noción de sus posibilidades. Y está el otro tema, el de las clases altas, que es muy importante también. Ella tenía esta cosa del ojo de la cerradura, de espiar. Hay una anécdota de (Manuel) Antín que dice que ella espiaba a sus invitados por el ojo de la cerradura. Debía hacerlo. Pero tenía una visión idealizada de las clases altas. Silvina Bullrich, que sí conoce bien ese mundo, lo describe con mucha más sencillez porque lo hace con soltura. Cuenta su infancia, su vida, porque vivió eso. Beatriz no. Martha y Beatriz eran trepadoras sociales.

–¿Cómo las trató la izquierda intelectual?

–Les pegaban porque ellas vienen de una generación anterior. Lo dice Liliana Hecker: que los escritores de los '60 en adelante son escritores de la clase media. En los años '50 el escritor todavía era gente



ARRIBA: JORGE LUIS BORGES, BEATRIZ GUIDO Y MARTHA LYNCH. EL YA ERA CELEBRE. ELLAS NUNCA LO SERIAN. ABAJO: SILVINA BULLRICH EN EL PICO DE SU CARRERA DE ESCRITORA MEDIATICA, REVISANDO EL MOTOR DE SU AUTO.





BEATRIZ Y BABSY TORRE NILSSON EN UNO DE SUS INNUMERABLES VIAJES. ELLA TOLERO LOS DEVANEOS Y LAS INFIDELIDADES DE EL. LOS UNIA UN LAZO QUE LES DURO TODA LA VIDA.

paqueta, rica y aristocrática, y el que no lo era trataba de aparentarlo. ¿Cuál era el ambiente donde se movían estas tres mujeres? Victoria y Silvina Ocampo, Bioy Casares, Borges.

–En el libro de Beatriz Guido está muy presente Torre Nilsson. Parece más un libro sobre la pareja que sobre ella.

–Sí, sí... Lo que pasó fue que Torre Nilsson me comió como personaje, y cuando me di cuenta transformé eso en una elección, porque hablar de ella sin meterlo a él es imposible. Son Beatriz y Nilsson una simbiosis absoluta, una fusión de vida, de obra, de todo. Yo creo que tuvieron una suerte, un privilegio de la vida que no todo el mundo tiene, que es haberse encontrado profundamente. Son dos personas cuyas vidas hubiesen sido mucho más pobres si hubiesen estado separados.

–Vos hablás de un encuentro que iría más allá de lo amoroso, que tendría que ver con formas de entender la vida. Una fabuladora, un jugador...

–Fueron dos jugadores, estoy segura. Ellos jugaban no sólo en el hipódromo, apostaban con cada película, en la vida, a perder o ganar todo. Lo cotidiano también era un juego. El otro día una periodista me contó una anécdota que es una pena no haberla sabido para el libro. Una vez la fue a entrevistar, y Beatriz era como medio loca, extrovertida: abrió la cartera para mostrar no sé qué y sacó la fija. Era ella la que la tenía en la cartera.

–Con personajes tan polémicos y ricos, ¿no te tentó opinar?

–Con Martha Lynch no, porque me parece un personaje... con un tremendo sufrimiento que ni ella se banca, se pega un tiro en la cabeza. ¿Vas a estar con el dedo acusador? Además, si acá sacamos el dedo acusador en serio... El trabajo de archivo que yo hice con ella no sé cuántos personajes públicos argentinos lo resisten. Acá hay una investigación que no se hizo, un libro que no se escribió: los intelectuales durante el Proceso. Nadie se mete con ese tema. Ella dice "Parece que la única que votó a Cámpora fue Martha Lynch". ¿Y la única que apoyó a Massera fue Martha Lynch? Qué sé yo... Fijate que Massera aparece en los tres libros. Torre Nilsson era amigo de Massera, iban juntos al hipódromo, y Massera estuvo en su velorio. Massera es un tipo que coqueteaba con la izquierda, eso es muy público. La gente se rasgó las vestiduras porque Martha estaba cerca de Massera, pero ella no fue la única que en algún momento se fascinó. (Miguel) Bonasso me contó, y eso está en el libro de Beatriz Guido, que García Márquez le dijo que le dedicó un libro a Massera y que estuvieron charlando toda una tarde. Entonces vos decís "las cosas no fueron tan claras, en algún momento esto fue un matete horroroso". ¿Por qué tanta gente no quiso dar testimonio para el libro de Martha? Porque no está resuelto lo que ella era, lo que hizo, lo que decía.

–¿Qué estarían diciendo de la Argentina las vidas de Beatriz Guido y Torre Nilsson?

–Pensá que los personajes muy exitosos en general están reflejando algo. En Beatriz sobre todo aparece el gorilismo exacerbado. Y en Nilsson es muy interesante esa cosa de tener, aparentemente o no, ideas de izquierda, anarquistas, y a la vez ese gusto y fascinación por la vida de la derecha. Cuando García Márquez viene a Buenos Aires por la publicación de *Cien años de soledad*, ellos hacen una fiesta en su casa en la que Nilsson se emborracha y lo empieza a agredir y le dice esa frase que era muy de su discurso: "La belleza es patrimonio formal de la derecha". Nilsson no tenía resuelto ese tema, y Beatriz tampoco. Silvina Bullrich es la única que no cae en esto. Pero para Martha también fue un tema. Ella decía: "Mi desgracia es que para los de izquierda siempre fui de derecha, y para los de derecha fui de izquierda".

LITERATURA FEMENINA

–¿Por qué decís que fueron las antecesoras de escritoras "femeninas" como Isabel Allende, Laura Esquivel o Angeles Mastretta?

–Cuando yo tenía 15 años el modelo era Simone de Beauvoir, que era el espejo en el que se miraban estas tres mujeres. Pero yo creo que en muchos temas ellas están más cerca de Isabel Allende que de Simone de Beauvoir. Son mejores escritoras que Laura Esquivel, y eran más ambiciosas porque no hablaban de los problemas de las mujeres solamente sino de los problemas sociales, del país. No eran escritoras femeninas. El discurso que fascinó en los '90 de la escritora latinoamericana es el del realismo mágico, la vuelta a la cocina, el amor. En los '60 el discurso era otro: la mujer transgresora, que iba contra todo lo establecido, feminista. Ellas no eran feministas, pero al lado de lo que eran la mayoría de las mujeres de la época, parecían serlo.

–En el discurso de Beatriz Guido parece haber varios niveles respecto de la cuestión de género. Por un lado el literario, donde aparecen estas mujeres reprimidas o violentadas sexualmente; por otro, el relato de la sobrina que dice que Beatriz les decía que las mujeres tenían que ser independientes, fuertes, con opiniones de avanzada sobre el matrimonio; y por último su propia vida, donde ella se describe casi cómo un títere digitado por Nilsson, pero con conciencia y placer por el rol.

–Sí, es cierto. Pero me parece que esa postura de sometimiento en la que ella se ponía respecto de Torre Nilsson no era el sometimiento típico de la época, sino que era una mujer armada, independiente, profesional, que elegía eso.

–Para ser así tenía que haber en ella un acuerdo con las convicciones de él, incluso las que podían herirla.

–Ella apoyó todo lo que él hizo, hasta sus amantes, miraba para otro lado. Nunca supe de una infidelidad de ella, en cambio Nilsson le fue infiel mil veces.

–Vos hablás de ellas como escritoras mediáticas. ¿Cuántos escritores eran personajes mediáticos en los '60?

–Pocos. Había escritores-personajes más allá de que escribieran o no. Mujica Lainez aparecía con la capa, el monóculo. Silvina Ocampo con esa cosa de no querer aparecer nunca y taparse también era un personaje. Silvina Bullrich iba a la televisión y era capaz de decir cualquier cosa. Tomaba bastante, iba mamada... pensá, una mina que fue al programa de Neustadt y dijo que Borges tenía eyaculación precoz. ¿Te gusta? ¿Al día siguiente de quién hablaba todo el mundo? Ahora, ellas se hacían las transgresoras pero en el fondo eran conservadoras. Pensá que ninguna se pudo casar con su segunda pareja porque no existía el divorcio. ¿Qué hicieron? Martha Lynch y Beatriz lo ocultaron. Beatriz incluso se consiguió una libreta de casamiento falsa. Silvina, que era mucho más segura socialmente, cuenta en sus memorias las discriminaciones que sufre por no poder casarse con Marcelo Dupont, y se juega por la Ley de Divorcio. Abre muchos más espacios para la mujer ella que cualquiera de las otras dos. Defendía que la mujer se tenía que ganar la vida, que no se tenía que casar con el hombre que no quería, contaba que la madre no la dejaba entrar a la casa porque vivía en concubinato, cómo la habían echado de lugares exclusivos por lo mismo. Las otras eran dos mantenidas y les encantaba serlo. Beatriz un poco menos. Pero la guita fuerte ahí venía de las películas, y fijate que cuando muere Nilsson a ella no le queda un mango, ella no aparecía como productora y no tuvo nada para reclamar, cuando había hecho mucho más que los guiones. Ahora, las tres tenían un olfato impresionante con sus libros. En el marketing fueron precursoras. ¡Y lo que vendían! Silvina Bullrich 100 mil, 120 mil ejemplares. Martha, 50 mil. Y Beatriz también, aunque menos.

–¿Coincidís con la afirmación de Mónica Martin, la biógrafa de Torre Nilsson, que dice que él es la mejor creación literaria de Beatriz, en el sentido de que ella le inventó un mundo protegido para que él viva bien?

–Es cierto. Lo cuidaba muchísimo, sobre todo la última época, cuando le negaba la enfermedad, y dormía en el piso para que él estuviera más cómodo pero sin que él lo notara. Y siempre... Nilsson no veía nada, era miope, y ella le decía "Qué bien estás viendo últimamente". Es conmovedor. Hay un punto donde los dos son muy queribles y fascinantes. El verano pasado, en medio de los cacerolazos, yo me metía en el libro y me iba de viaje con ellos, porque es una vida muy atractiva la que tuvieron. Estuvieron cerca de los personajes que quisieron, ganaron muchísima plata, viajaron por todo el mundo, fueron famosos, queridos, respetados. La vida de Martha Lynch seguramente fue mucho más sufrida y vos decís ¿por qué? Tuvo un hombre que la amó profundamente y que era un tipo bárbaro; tenía plata, que le importaba mucho; tres hijos; le iba bien; tenía todo, y sin embargo llevaba la destrucción adentro. Y la otra, pobre, Silvina Bullrich, qué sé yo... la habrá pasado bien también. Se casó muy joven, a los 20 o 21, que es cuando tuvo a su hijo, se separó a los 30 años. ¡Pensá en la época esa! Esta mujer nació en el '15. Y después conoció a este Dupont, estuvieron cinco años juntos, él murió, y ahí se quedó sola, y siempre se quejaba de que no había encontrado una pareja, cosa que es cierto, pero tuvo amantes toda su vida y no se privó de nada. Ninguna de las tres se privó de nada. Hicieron lo que se les dio la gana en todos los ámbitos, y eso yo lo respeto mucho.

No eran escritoras femeninas. El discurso que fascinó en los '90 de la escritora latinoamericana es el del realismo mágico, la vuelta a la cocina, el amor. En los '60 el discurso era otro: la mujer transgresora, que iba contra todo lo establecido, feminista. Ellas no eran feministas, pero al lado de lo que eran la mayoría de las mujeres de la época, parecían serlo.



Guiso quemado y salud reproductiva

POR MARIA DEL CARMEN VIÑAS *

Caía la tarde sobre el mar y los médanos de Arenas Verdes, Partido de Lobería en la Provincia de Buenos Aires, cuando llegamos. Sobre unas tablas un grupo de jóvenes (mujeres y varones) pelaban cebollas y cortaban zanahorias. Como desde hace catorce años, la juventud socialista realiza allí durante el mes de enero su campamento, que este año convocó a más de mil jóvenes de todo el país.

El objetivo es tener un espacio no sólo de recreación, sino también de formación y capacitación. Durante la semana los jóvenes realizan charlas, talleres, encuentros con temas que les interesan como el sida, la ecología, los derechos humanos, y por supuesto abordan la situación política y social de nuestro país.

Una atractiva actividad, que se repite los últimos años, la constituye la Carpa de las Provincias, donde jóvenes de cada región de nuestro país cuentan de distintas formas, con libros, música, con afiches o comidas típicas, cómo son y qué hacen en el lugar donde viven. Así, en el stand de San Juan probamos el vino patero, en el de Buenos Aires hilaban fajas y en el de Santa fe se escuchaba a Fito Páez.

Particularmente este campamento tuvo un condimento especial, era el primero después de la unificación del socialismo, y en un clima de gran confraternidad escucharon a los compañeros Alfredo Bravo y Rubén Giustiniani, presidente y secretario general del PS.

Las mujeres socialistas fuimos convocadas para debatir el tema del aborto, ya que en noviembre pasado el bloque socialista presentó en la Cámara de Diputados de la Nación el proyecto de despenalización del aborto que elaboró la Comisión Nacional de la Mujer del PS. A nosotras nos pareció interesante que además de exponer los fundamentos del proyecto conocieran también la experiencia del Uruguay, que acaba de aprobar en Diputados una ley que autoriza la interrupción del embarazo hasta la duodécima semana de gestación. Para eso invitamos a la diputada nacional uruguaya Margarita Percovich, quien trabajó denodadamente para que ésta se concretara.

Hablamos sobre el pacto de silencio que se ha construido en torno de la interrupción del embarazo que se quiebra a partir de las estadísticas; alrededor de 500.000 abortos anuales demuestran la existencia de un hecho social que se niega y se invisibiliza.

Informamos que son por lo menos 500 las mujeres que mueren por año por esta causa, porque se realizan en condiciones inseguras y clandestinas, con el agravante de inequidad social porque las que mueren son las más pobres y las más jóvenes.

Repasamos la legislación sobre el aborto en el Derecho Argentino y también los Programas y Plataformas de Acción de las Conferencias Internacionales que obligan a ubicar la discusión en un marco ético y derechos que considera a la persona, a su autonomía, a su vida, a su salud integral, a su libertad y a su dignidad, el derecho a la igualdad y al derecho a la individualidad como persona humana.

Se hicieron muchas preguntas: qué consecuencias tiene para la mujer la práctica del aborto, por qué no se da educación sexual en la escuelas, por qué de esto no se habla, y por qué si para un embarazo hacen faltan dos, se condena sólo a la mujer. Casi a medianoche, y cuando se hacía cada vez más intenso un olorcito a guiso cocinado en enormes ollas de 50 litros, realizado por improvisados gourmets, uno de ellos pidió cerrar el apasionado debate a riesgo de comer un "quemado de guiso".

Mientras algunos jóvenes armaban los tablones, nosotras nos llevamos el compromiso de la juventud socialista de imitar la experiencia uruguaya de realizar durante este año una fuerte campaña de propagandización para lograr la aprobación del proyecto. Para esto piensan repartir volantes en escuelas y facultades, pintar paredes, pegar afiches y debatir con otras organizaciones juveniles las estrategias de acción conjuntas.

* *Legisladora socialista. Mar del Plata.*

Los hijos de la violencia

Es sabido que la violencia doméstica no conoce fronteras ni estratos sociales. En España, un país en el que el fenómeno tiene índices altísimos –en los diez primeros días del 2003 han muerto asesinadas tres mujeres y dos agresores se han suicidado–, el IRES, una ONG de Girona especializada en violencia doméstica, ha puesto en marcha un programa para cubrir uno de los agujeros negros de esta temática: el que ocupan los hijos y las hijas de las familias maltratadoras. Según las estadísticas, los hombres golpeadores fueron a su vez niños maltratados, un dato que permite advertir que el círculo de violencia se cierra generación tras generación. Estos niños que ahora están en tratamiento en Girona, como todos los que crecen en hogares donde los golpes y las amenazas son moneda corriente, seguramente repetirán la historia en el futuro con sus respectivas parejas. Los terapeutas del grupo de Girona los hacen trabajar en grupo y la técnica que utilizan es la de la inversión de roles. A los varones les hacen representar los papeles que ellos mismos consideran que deberían ocupar las mujeres, y viceversa, con lo cual, sostienen los coordinadores, van trabajando el lugar del otro, van poniéndose en el lugar del otro y experimentando sus sentimientos. O bien porque han visto a sus padres golpear a sus madres, o bien porque sus madres luego se descargaron con ellos y los maltrataron, estos chicos son más que cualquier otro el símbolo de la profecía autocumplida, ya que si nadie se ocupa de cicatrizarles las heridas y de darles herramientas psíquicas para poner en cuestión las conductas materna y paterna que han asimilado, terminarán protagonizando historias muy parecidas.

ANTICIPO



madres en desuso

En su casa recientemente convertida en un nido vacío –sus hijos, ya crecidos, se mudaron y la dejaron sola–, la psicóloga y ensayista Liliana Mizrahi comenzó a darle forma a un libro, "Madres en desuso" (Altamira), en el que reflexiona con humor sobre los sentidos ocultos de la maternidad.

POR LILIANA MIZRAHI

Tengo 59 años y 35 de maternidad. Como tantas mujeres he sentido que mi destino, más allá del propio deseo, era ser madre. Probablemente se trate del mandato más poderoso que cae sobre nosotras.

Escribo este libro para desentrañar el misterio de una experiencia que ingenuamente creí que era natural, fácil y obligatoria. Natural es porque la anatomía ayuda, pero me llevó tiempo darme cuenta de que no es obligatorio ser madre, ni es fácil amar a los hijos adultos con la misma candidez con la que se ama a los niños.

Escribo este libro desde un cuerpo teórico y desde un cuerpo de mujer con estrías y episiotomías. He gestado, abortado, parido, amamantado y criado.

Escribo este libro, también, para curarme del escándalo que la maternidad desató en mi corazón cuando mis hijos criados y maduros se fueron a hacer su vida y me dejaron a solas con la mía.

El asombro me tuvo desconcertada un tiempo. La ordenada, el silencio, el teléfono que sonaba sólo para mí, la ausencia de zapatillas embarradas, de ropa sucia y de toallas tiradas, los gastos que disminuían sensiblemente, la comida sin tocar en la heladera, la música y el volumen a mi gusto, la liberación (por fin) del fútbol por TV...

Comencé a sentirme deprimida.

Mis amigas me felicitaban por la autonomía que yo misma les había enseñado a mis hijos desde chicos, pero nunca imaginé que se la iban a tomar en serio. Hasta ese momento yo había sido Rita Hayworth en la vida de ellos y ahora no figuraba en el casting de sus historias ni como extra. Me sentí súbitamente desempleada, con un oficio que ahora nadie necesitaba. Estaba jubilada de prepo de un rol que me había dado identidad y me había llenado la vida de sentido, objetivos y proyectos. Un rol para el cual me había preparado con esmero, desde que al nacer me pusieron en brazos la primera muñeca.

¿Qué hacer?, me repetía desconsolada. Tenía mi profesión, mi placer por la literatura, la música, podía viajar, contaba con amigos, un gato, plantas, una tortuguita, una vida llena de estímulos, pero el rol estaba colgado en el ropero y yo sin saber de qué disfrazarme.

Una noche, sumergida en la bañadera, grité: ¡Maldita maternidad!

Y mi mamá, desde el cielo, me retó:

–¡No digas eso! ¡Son buenos chicos!

Sin pensar en que eran las tres de la mañana, telefoneé a una amiga y le conté la reaparición de mi mamá y lo mal que me sentía. Ella me aconsejó:

–Lo que tenés que hacer es escribir un libro de humor, pero ésa es la única manera de hablar de la maternidad. –Y cortó... para siempre.

¡Debía escribir! Por lo tanto comencé a garabatear algunos conceptos:

* La maternidad es un rol y una identidad que absorbe la personalidad hasta neutralizarnos y a través del cual también nosotras absorbemos a nuestros hijos/as, en muchos casos hasta neutralizarlos.
* Existe una contradicción básica entre los mandatos y sanciones creadas para mantener a las mujeres impotentes y las atribuciones sobrehumanas que se dan a las madres.
* La maternidad y la paternidad, ¿no deberían ser materias obligatorias en las escuelas primarias y secundarias? ¿No merecería este tema una reflexión en los adolescentes, impulsada por profesores críticos, con información adecuada, que integre la interrogación acerca de su propia condición de hijos?

Aunque todo esto fuera cierto, y lo es, ninguno de estos conceptos me aliviaba, así que continué con mis apuntes:

* ¿Acaso las madres somos conscientes de nuestro aporte a las tasas de natalidad, a los relevos generacionales, a las guerras y los malditos ejércitos? ¿Nos damos cuenta de que creamos y entregamos materia gris, sangre joven, carne de cañón o de diván, mano de obra, fuerza de trabajo, esperanza, futuro...?
* No tenemos capacidad de decisión sobre el porvenir de la población que generamos. La ley religiosa y civil pretende convencernos de que no podemos elegir.
* ¿Qué nos hacen las leyes? ¿Por qué no podemos decidir sobre nuestros cuerpos? ¿Por qué el aborto todavía está penalizado? ¿Por qué hay tantos padres ausentes?
* Las leyes no dan a las madres más que un poder vacío de sustancia. Es la ley del padre la que se impone en lo social y en lo político. ¿Y si el padre no fuera más que un amo? ¿Un amo que no ama? ¿Amo a mi amo?

Las preguntas surgían a borbotones.

¡Maldita maternidad!, volví a gritar cre-








yendo que nadie me escuchaba. Y otra vez mi mamá, desde el cielo, me retó:

–¡Basta con esas ideas raras que se te meten en la cabeza! ¡Ni en el cielo me dejás descansar!

Le contesté:

–¡Mami, descansá en paz! Yo no te llamé, vos te metiste sola.

Y me encerré en el baño. Es clarísimo que no se puede ambivaler con los hijos, me dije a mí misma frente al espejo, porque enseguida todo el mundo se asusta y nos morimos de culpa. ¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar?

El espejo me contestó:

–Este libro tendrá que nacer de algo más profundo y cierto, como el amor que sentís por tus hijos.

–¡No es tan fácil! –protesté–. Porque los hijos crecen o no crecen, pueden gustarnos o no como personas, pueden ser nuestros amigos o bien no los elegiríamos como tales, podemos convertirlos en nuestros padres o creer que son nuestros hermanos, dejar que nos tengan de hija, o permitirles seguir siendo hijos ad infinitum, pueden convertirse en lo que soñamos para ellos o bien nunca serán lo que hubiésemos querido que fueran. ¡Es un enredo infernal!

El espejo, con infinita paciencia, me explicó:

–Es que el amor no es inalterable, es orgánico. Se transforma con el tiempo. No es lo mismo amar y ser amada por un bebé recién nacido, por un niño de cuatro años, por un púber de 13, un joven de 25 o un adulto de 37.

Comenzó a gustarme este diálogo con el espejo.

Decidí investigar, crear... No me detendría ni ante mi mamá que me gritaba desde el cielo, ni ante la mirada atenta de mi abuelo rabino que es uno de los consejeros de Dios en el paraíso, ni ante todos los venerables coros milenarios que me conducirían al infierno de las malas mujeres, junto con las madrastras, las suegras, las consuegras, las cuñadas y otras brujas.

El espejo me alentó:

–¡La maternidad es lo que es! Al tener hijos, hay partes tuyas que se despliegan para bien y para mal y que de otra forma no conocerías. Ser madre es el compromiso de ayudar a crecer y cuidar a otro. No se trata de parir, sino de criar y sostener.

Se me ocurrió consultarle algo que me pesaba desde hacía tiempo:

–¿Por qué nos hacen creer que somos vacas sagradas y nos tratan como ganado?

El espejo sonrió y cerrando sus ojos me dijo:

–Yo creo que la maternidad está idealizada y envuelta en un halo de misterio y sacralidad, al mismo tiempo que directa o sutilmente se la ataca. Esa es la mistificación de la maternidad y ahí está larvada (o no) la agresión. La idealización del rol, hablar de la Madre con mayúscula, es el caballo de Troya donde están encerrados los mandatos y las sanciones, más toda la culpa que mata a las madres. Y este libro será tu intento por aportar algo a la comprensión de esas vivencias...

Luego de una pausa en que pareció meditar, el espejo agregó: –Una cosa es ser la mamá de un hijo en concreto y otra cosa es pensar la maternidad como institución política, atravesada por ideologías e intereses económicos, valores religiosos y culturales.

Le contesté que muchas mujeres pensarán que hablar de estas cuestiones no sirve para nada.

El espejo se indignó:

–¿Cómo que no sirve para nada? ¡Sirve para sufrir menos! Sirve para darse cuenta de que lo personal es político y entonces salir del aislamiento de lo que tantas mujeres creen que es privado, dándose cuenta de que muchas cosas que sienten y les pasan son sociales, políticas; vos no sos la única que no puede alcanzar el ideal de amor incondicional y la perfección que se pretende de las madres, vos no sos la única que se siente cansada, frustrada, ambivalente o confusa.

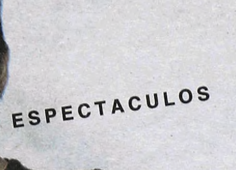
Pensé en voz alta: ¿Será por eso que cada vez que cuestiono la maternidad me dicen que soy una madre frustrada y resentida que no ama a sus hijos? ¿Será por eso que mi madre me reta y mi amiga me corta el teléfono? ¿Soy una madre sospechosa?

El espejo me tranquilizó:

–A mí me parece que no. La maternidad es una de las grandes tareas existenciales de las mujeres y solamente ustedes pueden decir, desde adentro, de qué se trata.

¿Y de qué se trata la maternidad, al fin de cuentas?

De la maraña emocional más complicada que puede llegar a conocer una mujer. Un enredo amoroso gratificante-frustrante y reparador. Somos madres con un sello que traemos como hijas... y también con lo que somos capaces de hacer con ese sello y esa historia. Ser madre nos da la oportunidad de reparar la propia infancia en la infancia de los hijos, transformando las malas experiencias. Requiere coraje, porque el otro siempre es un riesgo. Y la otra que somos nosotras, también.



NO ES BUENO QUE EL BO

POR MOIRA SOTO

Lindo por donde lo miren, muy bien terminado, con un toque de distinción que los años han pulido, Pierce Brosnan ha aprendido con sutil inteligencia a compensar sus privaciones como intérprete con simpatía, sentido del humor, garbo, desenvoltura. Cualidades que le vienen de perlas (aunque no las que pescaba Ursula Andress en *El satánico Doctor No*) para encarnar a Bond, James Bond, el celebérrimo agente secreto al servicio de su majestad británica (si bien casi siempre actúa a favor de los Estados Unidos: todo sea por mantener en pie algún imperialismo), con licencia para matar. Así, de ser una cara bonita, bonitísima, pero carente de expresividad en "Remington Steele" (por estar en esa serie no fue Bond en los '80) y algunas películas, Brosnan se ha ido deviniendo 007 casi ideal para los tiempos que corren. Sí, sí, amigas bondianas: nunca habrá otro con el frío cinismo, el punzante humor, la genuina calidad de gourmet y el –dicho sea con una brizna de indulgencia– irresponsable machismo de Sean Connery. Eso ni se discute. Sin embargo, que después del atroz –por fortuna, efímero– George Lazenby; del relamido, teñido, planchado y hortera Roger Moore (al que hubo que soportar en ¡siete películas!); del desubicado Timothy Dalton, que ahora porte la pistola, conduzca el Aston Martin y salve el mundo el apolíneo y canchero Pierce Brosnan es algo que debemos agradecer a la productora Barbara Broccoli, hija de Albert (quien, junto a Harry Salzman, inició la exitosa saga en 1962) y a Michael Wilson, su socio.

Por otra parte, la incorporación del morocho de ojos claros en 1995 significó nueva vida para la serie en más de un sentido, ya que las once novelas de Ian Flemming –favoritas de Raymond Chandler y del presidente Kennedy, entre otros fans– se habían terminado. Y ahí fue que empezaron las tretas de la mafia rusa en *Goldeneye*, porque ya la Guerra Fría era historia. En verdad, en las nuevas entregas (*El mañana nunca muere*, 1998; *El mundo no basta*, 1999), el personaje de James Bond en algún punto se aproximó al de las novelas, más rico, matizado, vulnerable, que el que impuso sobre todo Connery. Aunque por cierto el de Flemming no tenía nada de los clásicos detectives o espías desencantados y a menudo al borde del fracaso de la novela negra, o de los agentes de Graham Greene o John Le Carré. El Bond original, amén de su rendimiento como servidor de la reina, también estaba a sus anchas en el lujo, los casinos, los deportes de alto riesgo, las chicas divinas. Sus platos preferidos, por si alguna de ustedes aún no los ha probado: el caviar Royal Beluga del norte del Caspio mezclado con yema de huevo (preferiblemente acompañado de Dom Perignon 1946), el Sole Meunière, el Tournedos Sauce Béarnaise garni de Coeurs d'Artichauts.

Contrariamente a lo que han anotado algunos cronistas en estos días, James tiene padres: Andrew Bond, escocés, y Monique Delacroix, suiza.Ambos mueren en un accidente cuando el futuro héroe tiene 11 años, por lo que lo cría una tía –Charmian Bond–, dama culta que envía a Jaimito a estudiar a Eaton, de donde es expulsado a los 14 por liarse con una camarera. A los 19, el chico Bond entra en la Marina y forma parte de lo que luego sería el Ministerio de Defensa. Al terminar la guerra, prosigue en el Servicio Secreto británico y se instala en King's Road, donde –cuando se toma algún respiro– lee la revista *Times*, novelas de Chandler y Steinbeck, y escucha su canción preferida, "Georgia in my Mind". Conoce bien el francés y el alemán, pero prefiere no hablarlos. Detesta a los soviéticos y a los balcánicos, los negros y los chinos le causan espanto, mientras que los franceses le caen ridículos. En 1950 obtiene el número 007, que le otorga licencia para matar. Sus gustos en ropa y accesorios son caros y clásicos, y estuvo casado una sola vez con la condesa corsa Teresa de Vincenzo (Tracy), asesinada por sus enemigos un par de horas después de la ceremonia.

Pierce Brosnan, por su lado, es un tipo tranquilo, siete centímetros más alto que el agente, según Flemming, que ha ido afianzando una carrera paralela a la serie –se lució en la nueva versión de *El affaire de Thomas Crown*–, y que sufrió la muerte por cáncer de su primera mujer, Cassandra Harris. Brosnan está muy de acuerdo en quitarle rasgos machistas a Bond: a los 49, en plena forma física –un figurín sin atildamiento–, se interesa por causas progre ligadas a la ecología y la situación de la mujer, amén de promover la prevención del cáncer de mama.

NI TAN NEGRA, NI TAN BLANCA

Paradojas del destino bondiano, independizado de su creador y manejado *a piacere* por productores no precisamente desinteresados, el agente secreto más popular de todos los tiempos –que ha sobrevivido a Lazenby y a Moore, a mediocres directores y a batallas legales por los derechos–, después de haber contado con la asistencia de la malaya Michelle Yeoh (originalmente, Chu-Kang Yeoh, cuando era estrella del cine de acción oriental) haciendo de agente china en *El mañana nunca muere*, he aquí que en el estreno de esta semana, *Otro día para morir*, se va a la cama y a la lucha (por salvar el mundo, claro) con una mestiza que, en la vida real, reivindica orgullosamente su condición de afroamericana. Que no es otra, como todas ustedes ya saben a esta altura de la promoción, que la despampanante Halle Berry. Tanto que hasta homenajea –en una peli llena de citas a otros Bond del cine– a la mismísima Andress, tenida por la primera chica Bond, saliendo del mar con bikini (naranja, en vez de blanca) y cuchillo al cinto. Aclaración: la primerísima chica Bond fue, allá por 1954, Linda Christian. Ocurrió en un telefilm, basado sobre *Casino Royal*, con Barry Nelson como J.B. Otra aclaración: hubo negras atractivas en films anteriores a la era Brosnan, pero tan malas como Grace Jones y Gloria Hendry. Y esta vez, aunque no se lo oye musitar "te amo", se diría que Bond está un tanto flechado. Lo suficiente como para que algunos no sigan insistiendo con aquello de "60 mujeres y ningún amor", aludiendo a la cantidad de chicas con las que el agente, en las primeras aventuras fílmicas, tuvo sexo sin compromiso (y sin detalles de prácticas, sin desnudos ni siquiera de tetas). Es decir que, aun en sus etapas más donjuanescas y machistas, James no engañó a nadie: todas fueron contentas a jugar. Hasta hubo una de tendencias lesbianas (la Pussy Galore de Honor Blackman) que se dejó "redimir". Todas amantes al paso, salvo Tracy (Diana Rigg) que prácticamente pasó del altar a la tumba.

"Hagámosle una compañ realmente su par." Así pa productores de la saga Ja ingreso de Pierce Brosnan inteligentes. Las chicas se mítico héroe. Y ahora, la Berry es una partner total

NO ES BUENO QUE EL BOND ESTE SOLO

POR MOIRA SOTO

Lindo por donde lo miren, muy bien terminado, con un toque de distinción que los años han pulido, Pierce Brosnan ha aprendido con sutil inteligencia a compensar sus privaciones como intérprete con simpatía, sentido del humor, garbo, desenvoltura. Cualidades que le vienen de perlas (aunque no las que pescaba Ursula Andress en *El satánico Doctor No*) para encarnar a Bond, James Bond, el celebérrimo agente secreto al servicio de su majestad británica (si bien casi siempre actúa a favor de los Estados Unidos: todo sea por mantener en pie algún imperialismo), con licencia para matar. Así, de ser una cara bonita, bonitísima, pero carente de expresividad en "Remington Steele" (por estar en esa serie no fue Bond en los '80) y algunas películas, Brosnan se ha ido deviniendo 007 casi ideal para los tiempos que corren. Sí, sí, amigas bondianas: nunca habrá otro con el frío cinismo, el punzante humor, la genuina calidad de gourmet y el –dicho sea con una brizna de indulgencia– irresponsable machismo de Sean Connery. Eso ni se discute. Sin embargo, que después del atroz –por fortuna, efímero– George Lazenby; del relamido, teñido, planchado y hortera Roger Moore (al que hubo que soportar en ¡siete películas!); del desubicado Timothy Dalton, que ahora porte la pistola, conduzca el Aston Martin y salve el mundo el apolíneo y canchero Pierce Brosnan es algo que debemos agradecer a la productora Barbara Broccoli, hija de Albert (quien, junto a Harry Salzman, inició la exitosa saga en 1962) y a Michael Wilson, su socio.

Por otra parte, la incorporación del morocho de ojos claros en 1995 significó nueva vida para la serie en más de un sentido, ya que las once novelas de Ian Flemming –favoritas de Raymond Chandler y del presidente Kennedy, entre otros fans– se habían terminado. Y ahí fue que empezaron las tretas de la mafia rusa en *Goldeneye*, porque ya la Guerra Fría era historia. En verdad, en las nuevas entregas (*El mañana nunca muere*, 1998; *El mundo no basta*, 1999), el personaje de James Bond en algún punto se aproximó al de las novelas, más rico, matizado, vulnerable, que el que impuso sobre todo Connery. Aunque por cierto el de Flemming no tenía nada de los clásicos detectives o espías desencantados y a menudo al borde del fracaso de la novela negra, o de los agentes de Graham Greene o John Le Carré. El Bond original, amén de su rendimiento como servidor de la reina, también estaba a sus anchas en el lujo, los casinos, los deportes de alto riesgo, las chicas divinas. Sus platos preferidos, por si alguna de ustedes aún no los ha probado: el caviar Royal Beluga del norte del Caspio mezclado con yema de huevo (preferiblemente acompañado de Dom Perignon 1946), el Sole Meunière, el Tournedos Sauce Béarnaise garni de Coeurs d'Artichauts.

Contrariamente a lo que han anotado algunos cronistas en estos días, James tiene padres: Andrew Bond, escocés, y Monique Delacroix, suiza.Ambos mueren en un accidente cuando el futuro héroe tiene 11 años, por lo que lo cría una tía –Charmian Bond–, dama culta que envía a Jaimito a estudiar a Eaton, de donde es expulsado a los 14 por liarse con una camarera. A los 19, el chico Bond entra en la Marina y forma parte de lo que luego sería el Ministerio de Defensa. Al terminar la guerra, prosigue en el Servicio Secreto británico y se instala en King's Road, donde –cuando se toma algún respiro– lee la revista *Times*, novelas de Chandler y Steinbeck, y escucha su canción preferida, "Georgia in my Mind". Conoce bien el francés y el alemán, pero prefiere no hablarlos. Detesta a los soviéticos y a los balcánicos, los negros y los chinos le causan espanto, mientras que los franceses le caen ridículos. En 1950 obtiene el número 007, que le otorga licencia para matar. Sus gustos en ropa y accesorios son caros y clásicos, y estuvo casado una sola vez con la condesa corsa Teresa de Vincenzo (Tracy), asesinada por sus enemigos un par de horas después de la ceremonia.

Pierce Brosnan, por su lado, es un tipo tranquilo, siete centímetros más alto que el agente, según Flemming, que ha ido afianzando una carrera paralela a la serie –se lució en la nueva versión de *El affaire de Thomas Crown*–, y que sufrió la muerte por cáncer de su primera mujer, Cassandra Harris. Brosnan está muy de acuerdo en quitarle rasgos machistas a Bond: a los 49, en plena forma física –un figurín sin atildamiento–, se interesa por causas progre ligadas a la ecología y la situación de la mujer, amén de promover la prevención del cáncer de mama.

"Hagámosle una compañera, una chica que sea realmente su par." Así parece que pensaron los productores de la saga James Bond a partir del ingreso de Pierce Brosnan. Ya no sólo las villanas son inteligentes. Las chicas se han ido equiparando al mítico héroe. Y ahora, la bellísima mestiza Halle Berry es una partner total en "Otro día para morir".

NI TAN NEGRA, NI TAN BLANCA

Paradojas del destino bondiano, independizado de su creador y manejado *a piacere* por productores no precisamente desinteresados, el agente secreto más popular de todos los tiempos –que ha sobrevivido a Lazenby y a Moore, a mediocres directores y a batallas legales por los derechos–, después de haber contado con la asistencia de la malaya Michelle Yeoh (originalmente, Chu-Kang Yeoh, cuando era estrella del cine de acción oriental) haciendo de agente china en *El mañana nunca muere*, he aquí que en el estreno de esta semana, *Otro día para morir*, se va a la cama y a la lucha (por salvar el mundo, claro) con una mestiza que, en la vida real, reivindica orgullosamente su condición de afroamericana. Que no es otra, como todas ustedes ya saben a esta altura de la promoción, que la despampanante Halle Berry. Tanto que hasta homenajea –en una peli llena de citas a otros Bond del cine– a la mismísima Andress, tenida por la primera chica Bond, saliendo del mar con bikini (naranja, en vez de blanca) y cuchillo al cinto. Aclaración: la primerísima chica Bond fue, allá por 1954, Linda Christian. Ocurrió en un telefilm, basado sobre *Casino Royal*, con Barry Nelson como J.B. Otra aclaración: hubo negras atractivas en films anteriores a la era Brosnan, pero tan malas como Grace Jones y Gloria Hendry. Y esta vez, aunque no se lo oye musitar "te amo", se diría que Bond está un tanto flechado. Lo suficiente como para que algunos no sigan insistiendo con aquello de "60 mujeres y ningún amor", aludiendo a la cantidad de chicas con las que el agente, en las primeras aventuras fílmicas, tuvo sexo sin compromiso (y sin detalles de prácticas, sin desnudos ni siquiera de tetas). Es decir que, aun en sus etapas más donjuanescas y machistas, James no engañó a nadie: todas fueron contentas a jugar. Hasta hubo una de tendencias lesbianas (la Pussy Galore de Honor Blackman) que se dejó "redimir". Todas amantes al paso, salvo Tracy (Diana Rigg) que prácticamente pasó del altar a la tumba.

Antes de emocionarse hasta el caracú al recibir el Oscar, la bella Halle Berry ya había iniciado el rodaje de *Otro día para morir*, que comenzó hace un año. En un principio se habló de Whitney Houston (que también entonaría la clásica canción de amor), pero fue esta morena de físico ideal para cánones en vigencia la que se quedó con el rol que, a juzgar por sus propias declaraciones en la primera etapa de filmación, iba a ser el de una villana (luego viró al de aliada absoluta de J.B.).

Halle Berry se presta de maravillas para la frase (misógina) "además de linda, es inteligente". Esta hija de una enfermera blanca y de un negro bebedor y violento (que abandonó a la familia cuando Halle tenía cuatro años, y no se dejó ver hasta seis años después, durante un breve lapso de reconciliación) es una atípica mezcla de actriz talentosa, luchadora contra toda forma de racismo, participante asidua de concursos de belleza (cuando era más joven) y actual modelo de Revlon. Berry logra conciliar todo eso, muy convencida de que logrando la aceptación en cualquiera de estos ámbitos favorece la tolerancia y la auténtica integración no sólo de sus hermanas negras sino también (como declaró al ganar el Oscar) de hispanas, indias, asiáticas y de cualquier otra etnia subestimada por Hollywood. Aunque con lo de alcanzar títulos de belleza le fue bastante bien (reina de su promoción en el colegio, Miss Teen All American 1985, Miss Ohio 1986, primera finalista ese mismo año en el Miss USA), Halle Berry no se cansa de recordar que ha padecido en carne propia el racismo en su trabajo y la violencia machista en la vida (su primer marido, beisbolista estelar, la dejó con el 80 por ciento de audición en un oído después de reiteradas palizas). Y aunque parezca una contradicción, después de haber protagonizado la producción televisiva "Introducing Dorothy Dandridge" (1999) y haber sido premiada por su labor, el director Marc Forster se resistió a darle el papel de la sufrida camarera en *Cambio de vida* (*Monster's Ball*, 2001), alegando que la actriz era "demasiado linda y no suficientemente negra". Obvio es decir que Halle no se arredró ante la negativa, insistió, se desprodujo, se dejó tijeretear malamente el pelo y ganó el papel y luego el Oscar –primero de una protagonista afronorteamericana– en la entrega del año pasado.

Con la misma naturalidad con que actúa como modelo de belleza para cosméticos e interpreta a la mujer de un (negro) condenado en el pabellón de la muerte durante diez años, Halle Berry aceptó estar en el último Bond. "Un poco de diversión no le viene mal a nadie, aunque el trabajo fue duro y en más de una oportunidad me quedé con la lengua afuera" (Halle es diabética y ha estado en coma en una oportunidad). "Me pareció bien que una negra se luciera por su inteligencia y sus habilidades en una aventura de James Bond", dice la actriz que en el 2001 descolló en *Swordfish*, laburo por el que había firmado por dos palos y medio. Pero a la hora de tener que mostrar las lolas –detalle que no figuraba en el contrato– pidió 500 mil más. Y se los pagaron. "Me pareció justo; a ver si se enteran después de haber oído montones de veces que me rechazaran por el color de mi piel." Una de las frases de cientos de productores que más odió Berry en su vida laboral fue: "La leche es leche hasta que uno le agrega chocolate. No importa la cantidad que se le añada".

En *Otro día para morir*, entonces, Halle Berry es Jinx, una agente secreta norteamericana que es bastante más que una clásica chica Bond: tiene el mismo rango que él, lucha a la par contra los villanísimos de turno (el archimillonario Gustav Graves –con la boquita desdeñosa de su madre, Maggie Smith– y su socio norcoreano Zao). Pero Berry, que luce tan cómoda con ropa de fajina o suntuosos trajes kitsch, no es la única mujer en el reparto de *Otro día...*: también tenemos a la juvenil Rosamund Pike, una inglesa que viene del teatro y la TV, en el rol de Miranda Frost, una pretendida colega de Bond (a quien él, desde luego, está dispuesto a hacerle el favor), una durita campeona de esgrima; como siempre la gran Judy Dench con la piel de M (que, lo sabemos, estima a Bond más de lo que deja traslucir); desde luego, a Samantha Bond repitiendo a la anhelante secretaria Moneypenny; y, como yapa, en un cameo de gran relieve, a Madonna –autora e intérprete del tema de los títulos– haciéndose pasar por Verity, profesora de esgrima con aire de *dominatrix*.



OND ESTE SOLO

era, una chica que sea
ece que pensaron los
nes Bond a partir del
Ya no sólo las villanas son
han ido equiparando al
bellísima mestiza Halle
en "Otro día para morir".

Antes de emocionarse hasta el caracú al recibir el Oscar, la bella Halle Berry ya había iniciado el rodaje de *Otro día para morir*, que comenzó hace un año. En un principio se habló de Whitney Houston (que también entonaría la clásica canción de amor), pero fue esta morena de físico ideal para cánones en vigencia la que se quedó con el rol que, a juzgar por sus propias declaraciones en la primera etapa de filmación, iba a ser el de una villana (luego viró al de aliada absoluta de J.B.).

Halle Berry se presta de maravillas para la frase (misógina) "además de linda, es inteligente". Esta hija de una enfermera blanca y de un negro bebedor y violento (que abandonó a la familia cuando Halle tenía cuatro años, y no se dejó ver hasta seis años después, durante un breve lapso de reconciliación) es una atípica mezcla de actriz talentosa, luchadora contra toda forma de racismo, participante asidua de concursos de belleza (cuando era más joven) y actual modelo de Revlon. Berry logra conciliar todo eso, muy convencida de que logrando la aceptación en cualquiera de estos ámbitos favorece la tolerancia y la auténtica integración no sólo de sus hermanas negras sino también (como declaró al ganar el Oscar) de hispanas, indias, asiáticas y de cualquier otra etnia subestimada por Hollywood. Aunque con lo de alcanzar títulos de belleza le fue bastante bien (reina de su promoción en el colegio, Miss Teen All American 1985, Miss Ohio 1986, primera finalista ese mismo año en el Miss USA), Halle Berry no se cansa de recordar que ha padecido en carne propia el racismo en su trabajo y la violencia machista en la vida (su primer marido, beisbolista estelar, la dejó con el 80 por ciento de audición en un oído después de reiteradas palizas). Y aunque parezca una contradicción, después de haber protagonizado la producción televisiva "Introducing Dorothy Dandridge" (1999) y haber sido premiada por su labor, el director Marc Forster se resistió a darle el papel de la sufrida camarera en *Cambio de vida* (*Monster's Ball*, 2001), alegando que la actriz era "demasiado linda y no suficientemente negra". Obvio es decir que Halle no se arredró ante la negativa, insistió, se desprodujo, se dejó tijeretear malamente el pelo y ganó el papel y luego el Oscar –primero de una protagonista afronorteamericana– en la entrega del año pasado.

Con la misma naturalidad con que actúa como modelo de belleza para cosméticos e interpreta a la mujer de un (negro) condenado en el pabellón de la muerte durante diez años, Halle Berry aceptó estar en el último Bond. "Un poco de diversión no le viene mal a nadie, aunque el trabajo fue duro y en más de una oportunidad me quedé con la lengua afuera" (Halle es diabética y ha estado en coma en una oportunidad). "Me pareció bien que una negra se luciera por su inteligencia y sus habilidades en una aventura de James Bond", dice la actriz que en el 2001 descolló en *Swordfish*, laburo por el que había firmado por dos palos y medio. Pero a la hora de tener que mostrar las lolas –detalle que no figuraba en el contrato– pidió 500 mil más. Y se los pagaron. "Me pareció justo; a ver si se enteran después de haber oído montones de veces que me rechazaran por el color de mi piel." Una de las frases de cientos de productores que más odió Berry en su vida laboral fue: "La leche es leche hasta que uno le agrega chocolate. No importa la cantidad que se le añada".

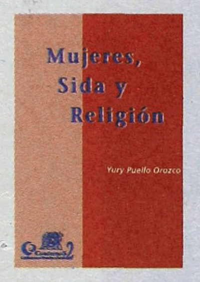
En *Otro día para morir*, entonces, Halle Berry es Jinx, una agente secreta norteamericana que es bastante más que una clásica chica Bond: tiene el mismo rango que él, lucha a la par contra los villanísimos de turno (el archimillonario Gustav Graves –con la boquita desdeñosa de su madre, Maggie Smith– y su socio norcoreano Zao). Pero Berry, que luce tan cómoda con ropa de fajina o suntuosos trajes kitsch, no es la única mujer en el reparto de *Otro día...*: también tenemos a la juvenil Rosamund Pike, una inglesa que viene del teatro y la TV, en el rol de Miranda Frost, una pretendida colega de Bond (a quien él, desde luego, está dispuesto a hacerle el favor), una durita campeona de esgrima; como siempre la gran Judy Dench con la piel de M (que, lo sabemos, estima a Bond más de lo que deja traslucir); desde luego, a Samantha Bond repitiendo a la anhelante secretaria Moneypenny; y, como yapa, en un cameo de gran relieve, a Madonna –autora e intérprete del tema de los títulos– haciéndose pasar por Verity, profesora de esgrima con aire de *dominatrix*.





Gym

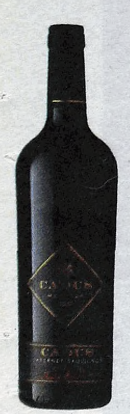
La red de clubes Megatlon aceitó sus programas para este verano en su docena de sedes. Entre las que se ofrecen a mujeres, hay clases intensivas de fitness y musculación, y actividades específicas para mujeres que rondan los cincuenta años. También hay colonia de vacaciones para chicos.



Mujeres, sida y religión

Así se llama el libro de Yury Puello Orozco, colombiana, teóloga egresada del Instituto Teológico de San Pablo (Brasil), y filósofa. El libro es una síntesis de la tesis de maestría de la autora, acerca del avance del vih en el mundo y de la necesidad, para los creyentes, de reflexionar sobre esa enfermedad desde un punto de vista religioso y no culpabilizador. La edición es de la agrupación Católicas por el Derecho a Decidir.

Cadus



Las Bodegas Nieto Senetiner presentaron Cadus Cabernet Sauvignon cosecha 2000. Los encargados de remover con sus manos un terrón de las viñas de Agrelo, Mendoza, a más de 1000 metros sobre el nivel del mar, fueron el enólogo Roberto González y gerente agrícola de la bodega: de allí salió la primera botella de Cadus, un vino hecho con las mejores uvas, seleccionadas por especialistas de la bodega y con técnicas como la dosificación de agua por déficit controlado.



Papillon

En 1966, inspirado en una chica que caminaba por los Parques Eliseos de París llevando consigo una cartera Vuitton, Henry-Louis ídem, factótum de la hipermarca, tuvo la idea de crear un diseño más joven pero que respetara los célebres monogramas: así nació la Papillon (mariposa), ahora relanzada y cuyo diseño posiblemente muy pronto copien por millones las demás marcas.



Vade Retro

Muebles, minimuebles y objetos auténticamente retro: en eso se especializa el local Vade Retro, de Thames 1612. Artefactos de iluminación, sillones de los '40, los '50 y los '60, ceniceros y vajilla, todo digno de verse.



Guías de Salud

Con el apoyo de Unicef, el Consejo Nacional de la Mujer y la Federación Argentina de Sociedades de Ginecología y Obstetricia, salió a la calle la primera edición del número 5 de la *Guía de Salud*, dedicado a las mujeres, específicamente a la salud reproductiva. Está especialmente pensado para líderes comunitarios que requieran información correcta, simplemente contada, sobre diversos aspectos de esta problemática, desde el embarazo, el parto, la anticoncepción o la menopausia.

Curso

Del 20 al 23 de enero y del 18 al 21 de febrero la escultora Claudia Aranovich dictará un curso práctico sobre resina poliéster y moldes repetibles, para experimentar creativamente con resina, acrílico, moldes de siliconas y látex. Informes, en el 4361-2237.

Reino

La marca cosmética Reino lanzó un nuevo champú, pensado especialmente para cuidar el pelo de los rigores del sol en el verano. Se llama "Soleil", y tiene una fórmula rica en vitaminas y sales minerales extraídas del kiwi, el mango y el aloé vera.

Lounge

El licor Tía María tiene ya su espacio especialmente diseñado en Jackie O, en Las Cañitas. Destinado a gente joven, tiene áreas de rélax y rincones lúdicos. El sector está ubicado en un tercer piso, junto a las mesas de pool. La especialidad es una selección de cuatro tragos a base de Tía María. Preguntar por ellos.

LA NUEVA CHICA ARMANI

POR BEATRIZ PEÑA*

Pat McGrath se inició en el mundo de la moda en revistas como *ID* o *The Face*, hasta que el circuito fashion londinense disparó su proyección hacia colaboraciones en videoclips, televisión y con la marca más cool del momento, Aveda –la que pusieron de moda actrices norteamericanas y modelos internacionales, confesando que es la que ellas usan–. Cuando todo era minimalismo, Pat McGrath sobresalía haciendo maquillajes experimentales de corte abstracto. Y cuando parecía que no quedaba nada por inventar, tuvo la idea de crear una piel húmeda con brillo, inventando ese toque de nueva sensualidad, mil veces imitado después.

Creativa hasta la médula, le apasiona jugar con el color. Pat McGrath es capaz de hacer relucir un rostro en la oscuridad porque posee el arte y el temple del artista. Cualquier rostro se rinde ante ella porque sabe cómo hacer saltar la chispa de la empatía, quizá porque disfruta trabajando y se divierte al máximo cuando trabaja.

"Sentido, sensibilidad y un toque mágico de sensualidad son las claves para que cualquier maquillaje resulte favorecedor", ha dicho en algún reportaje, de los muchos que ya le han hecho.

Fluidos y transparencias. En la nueva colección de Giorgio Armani Cosmetics, la marca para la que ha sido ahora contratada McGrath y cuyo contrato la ha lanzado decididamente a la primera línea del maquillaje internacional, destaca la calidad de las texturas: sombras de seda y lápices labiales aterciopelados en perfecta armonía con la moda. Los maquillajes de Armani son tan elegantes como cualquiera de sus clásicos trajes. La línea cosmética introduce la tecnología micro-fil, un proceso textil aplicado al microprensado de pigmentos. Un proceso de elaboración que consigue un polvo ultrafino y completamente transparente. El secreto, claro, está protegido bajo patente de los todopoderosos laboratorios L'Oréal.

"Yo no me bautizaría a mí misma como una artista moderna en esta profesión del maquillaje. Aunque sí tiene algo de artístico, porque necesita colores y expresión viva", dice McGrath. Para ella, el maquillaje consiste en "buscar lo mejor de cada uno y dar a la piel los cuidados que necesita".

En cuanto a los errores más comunes, Par McGrath opina que el único y mayor error



que existe es tener miedo a maquillarse de diversas maneras: "Convertirse en una esclava a las reglas del color y las combinaciones que no nos permiten experimentar cosas nuevas".

Las claves de la colección creada por McGrath para Armani son los rostros frescos y jugosos. Un look femenino al extremo, y en tres rojos favoritos y tan provocadores como exige un vestido de noche.

Londres, París y Milán son los tres puntos clave dentro del triángulo de la moda. Dentro de la línea Georgio Armani Cosmetics, existe una correspondencia directa con ellos: McGrath como creadora en Londres, Laboratorios L'Oréal en París y Armani en Milán. Entre todos han compuesto una estela de colores que se ajusta al perfil exacto del diseñador. Está su inconfundible azul, sus rojos favoritos y tampoco faltan sus famosos grises. Sutileza de matices, riqueza en los detalles y un delicado tacto final, ese que es el mayor lujo de esta colección.

Los labios en mate y las uñas brillantes en el mismo tono y matiz: cereza, púrpura o ciruela. Para el actual invierno europeo, los puntos fuertes son las mejillas muy rosadas, con un aspecto saludable, y los tonos blancos. El maquillaje es muy ligero, suave y fresco. Y para las grandes ocasiones, brillos, pestañas increíblemente largas, tonos sonrojados y sobre todo una piel que brilla, radiante.

* De El País, *especial para **Página/12**.*

Pat McGrath es británica, maquilladora y actualmente juega en primera línea en el ámbito internacional: Armani la contrató para que ella cree sus nuevas líneas de maquillaje, que son frescas pero al mismo tiempo sofisticadas e incluyen rostros húmedos y mejillas pudorosamente sonrojadas.



Tiene 78 años, y más de medio siglo de activa militancia peronista. Clementina Florencia Gil fue censista en la Patagonia en el '49, cuando todavía nadie sabía cuántas mujeres poblaban la Argentina y el flamante voto femenino hacía necesario el sondeo. También fue espía, aunque lo niegue.

PERFILES

la compañera Beba

POR SONIA SANTORO

Dice que Eva Perón era un ser superior. Dice que cuando Juan Domingo Perón le pedía algo su orden no se discutía. Dice que en el exilio Cámpora almorzaba en su casa. Que dejó Chile peleada con Augusto Pinochet porque no cabían los dos en el mismo país. Que fue enemiga de Salvador Allende hasta que él entendió lo que era ser peronista. Fue subdelegada censista de mujeres en la Patagonia después de la sanción de la ley de voto femenino. Desde Chile –y aunque lo niegue– fue espía de Perón. Organizó y llegó a ser presidenta subrogante del Partido Femenino Chileno. Enérgica aún a sus 78 años, Clementina Florencia Gil, más conocida como Beba, representa tal vez como pocos (vivos) a una peronista de la primera hora, de las de Perón, o mejor, de las de Eva. Su historia es también la del movimiento, desde bien adentro.

Beba tomó contacto con el peronismo en 1943. En su casa se hablaba de peronismo. Era una muchacha de 18 años que terminaba el colegio y empezaba a trabajar. "O se casaban inmediatamente o se ponían a trabajar, ese era el destino de las mujeres de entonces", cuenta. Trabajaba en una casa de encomiendas cuando llegó el histórico octubre de 1945. "Nos debían pagar el 12 de octubre porque por decreto era no laborable. El 15 nos pagaron la quincena y nos dijeron que fuéramos a cobrarle a Perón el 12 de octubre, eso pasó en todo el país con todos los empresarios. Nos revelamos y salimos a la calle el 17 de octubre", cuenta.

–¿Cómo fue ese día en la plaza?

–Ese día fue muy caluroso. Eran las 9 y cuarto de la mañana y me paré en la esquina de Perú y Avenida de Mayo frente al Banco de Boston, que lo cerraron. Cuando íbamos llegando empezaron a cerrar las puertas de todos los negocios. La policía venía a caballo pidiendo que despejáramos la calle, llegó un momento que éramos tantos que nos sentamos ahí, no iban a pasar sobre nosotros con los caballos. Además, de lejos, los muchachos de los sindicatos les ponían bolitas en la calle y los caballos no alcanzaban a meterse, se caían. Esa era picardía sindicalista, nosotros no la conocíamos. Lo único que decíamos, con una actitud medio gandhiana, era "no violencia" pero sí firmeza, no nos movemos hasta que no salga el coronel.

Desde entonces se enroló en el "movimiento" y empezó a trabajar en el barrio. Vivía en San Martín, ya estaba casada y esperaba un bebé.

Se reunían en casa de una u otra persona y enseñaban a leer, a coser, a cortar el pelo.

Cuando Eva Duarte se casó con Perón, Beba se puso contenta: se casaba un militar con una mujer del pueblo. "Nosotros la encontrábamos bonita, elegante, muy joven. Se mantenía a través de la radio haciendo 'Mujeres famosas' con una fogosidad interior que te transmitía", dice Beba, mirando hacia algún lugar de su recuerdo, detrás de unos anteojos de carey que no alcanzan a ocultar algo de emoción. Su memoria, precisa, guía su relato por cada uno de los días y los lugares claves de la historia del peronismo. "Una vez que el peronismo ganó y el 4 de junio tomó el poder, Eva empezó a decir por radio que quería que las mujeres se juntaran, que hicieran acción social. Y empezábamos a seguirla. Empezaron las clases de Perón y ella en la Escuela Superior Peronista, en la calle San Martín al 600. Ella contaba la historia de Perón, la de ella y lo que querían para la Argentina. Y explicaba con palabras muy simples cuáles eran los principios filosóficos que aplicábamos como doctrina en el accionar diario."

Beba dice que en esas clases, en esos salones abarrotados, sobrevolaba la sensación de estar frente a un ser superior, que las maravillaba por la fogosidad con que les hablaba. "Ella nos decía que no perdiéramos el rol femenino y que no pensáramos que la política era para estar sirviendo al varón. No quiero que ustedes hagan la política de comité, nos dijo, y ahí se crean las unidades básicas femeninas", cuenta.

En septiembre de 1947, Eva "invita" a las mujeres a ir a la plaza del Congreso para lograr la sanción de la ley de voto femenino. "Había una oposición que hacía unos discursos kilométricos, decía que teníamos las ideas cortas y el pelo largo, que íbamos a votar de acuerdo con lo que quisiera el cura o el marido", recuerda Beba.

Fueron cuatro días de ocupar la plaza. "Llegábamos tipo once y media. Al mediodía pasaban unos carritos, nos daban un sandwich de mortadela y una Bilz, una gaseosa chiquitita. Y estábamos ahí gritando y saltando hasta las seis de la tarde. A esa hora íbamos otra vez caminando a Retiro, tomábamos el tren y cada una iba para su casa. Al cuarto día, pedí permiso para ir al toilette del Congreso. En ese mismo momento, Eva Perón llegaba a decir que se terminaran los discursos y se votara. Y cuando salí del baño, iba saliendo Eva Perón. Entonces, le di la mano y le dije 'señora, yo soy una de las que está ahí afuera'. Me dijo 'hija, ya se votó, ya tienen el voto'. Bajamos en el ascensor los tres pisos juntas. Yo le miraba los ojos, esa profundidad, la sonrisa, el blanco de su piel. Yo estaba sobrecogida de su presencia porque se imponía."

La próxima tarea partidaria fue preparar un censo femenino. "Hasta 1949 no se sabía cuántas mujeres había en este país porque no votaban. Sobre todo en el interior, no inscribían a las chicas hasta que no llegaban al colegio, si las mandaban al colegio. Pero a los chicos cuando nacían había obligación de inscribirlos porque hacían el servicio militar a los 18", explica. La prueba piloto de aquel censo la hizo en La Boca, donde las mujeres se encontraron con todo tipo de inconvenientes: gente que les tiraban los perros encima, otra que las orinaban; maridos que las echaban diciendo que en esa casa sólo mandaban ellos.

El paso siguiente fue viajar a Santa Cruz a hacer el censo. El viaje generó una discusión con su marido que derivó en la separación: él no le daba un permiso que ella no estaba pidiendo. "Primero la patria, después el movimiento, después los hombres", repite hoy, riendo de algo que considera muy serio. Pero Beba no era la única. "Eramos cientos de mujeres que nos juntábamos y nos decíamos 'yo me vine enojada con mi papá y mamá; mis hermanos no me quieren ver más', cada una tenía un problema. Lo más corriente era que dijeran 'sos una atorranta, cómo te vas a ir de la casa' porque la mujer era de la casa", cuenta.

En el año 50', cuenta, la mandaron a Punta Arenas, Chile. "Queremos que vaya y nos diga qué sentimientos tiene el pueblo de Chile con respecto al general (Carlos) Ibáñez (del Campo). Vaya, se presenta al cónsul, le va a presentar a varios amigos chilenos. Usted va a hacer una vida de familia, de amistad, lo único que le pedimos es que se haga amiga de la gente y le pregunte qué ve", dice que le instruyeron. El presidente chileno era el radical Gabriel González Videla. Ibáñez del Campo, de similar ideología que Perón, intentaba ocupar el sillón de presidente. Beba dice que esto no es hacer espionaje. Pero el Congreso chileno no pensó lo mismo. En el '55, caído Perón, investigó las infiltraciones peronistas y llegó a la conclusión de que, entre

DANIEL JAYO

MALALA FONTAN

otros, Beba había hecho tareas de espionaje para el gobierno argentino. "El presidente de la comisión investigadora era Salvador Allende, después fuimos amigos. El me decía 'sos como un niño recién nacido, no querés ni al marxismo ni al capitalismo" porque yo le decía que era peronista. Después él vino a la asunción de (Héctor) Cámpora, así que terminó entendiendo qué era el justicialismo", cuenta.

En un viaje de Punta Arenas a Santiago, su próximo destino, conoció a María de la Cruz, dirigente femenina chilena que más tarde se uniría a Ibáñez del Campo. Recorrió el país con ellos en la campaña presidencial. Y la ayudó a armar el partido femenino chileno a imagen y semejanza del argentino. "Yo daba cuenta de lo que hacía una vez por mes al embajador y a Néstor Lima, el secretario de Cultura". Más tarde llegaría a ser presidenta subrogante del Partido Femenino Chileno.

Después de la muerte de Evita no tenía mucho que hacer en Argentina. Pero sí en Chile, donde acababa de asumir Ibáñez del Campo. En 1953, Perón viajó a Chile con Delia Parodi, Magdalena Alvarez y Leticia Merlo, dirigentes de primera línea. Y le dijo a Beba que volviera. "Había una lucha muy frontal entre los peronistas y los no peronistas. Allá decían que Perón se quería quedar con Chile, que era imperialista, que era un dictador. Pero cuando estuvo Perón allá el pueblo se volvió loco; llevó por primera vez la televisión a Chile, la puso en las plazas para que el pueblo la conociera."

Pero después de algunas idas y vueltas, ella se quedó trabajando para Ibáñez del Campo. Siguió en contacto con Perón hasta 1955. Cuando lo derrocaron "invadieron mi casa en San Martín; tuvieron a mi madre, a mi hermana y a mi padrastro al maltraer exigiéndoles que yo volviera, y yo no iba a volver, tonta no soy". Se quedó en Chile hasta el '75, cuando se fue "peleada con Pinochet, no cabíamos los dos en Chile. Me fueron a buscar un día a mi casa y me llevaron detenida, estuve un año, entre el 73 y el 74, en la cárcel de mujeres con 250 personas más. Mi familia se enteró y fue a hablar con Cámpora, que durante su exilio iba a comer a mi casa. Y me sacaron".

–¿Cómo fue el trato en la cárcel?

–Los primeros 13 días fueron muy difíciles, mucha tortura, mucho golpe, mucho insulto, mucha falta de comida y de agua. Querían que yo dijera que era marxista, y yo decía que era justicialista. Y claro, la policía militar no entiende mucho de ideología. Cualquiera era marxista en ese momento. Pensaba que me podían desaparecer, sabíamos que había mucha gente desaparecida.

Cuando volvió a la Argentina, el 5 de octubre de 1975, estaba muy enferma. Le habían dado un mal golpe en un ovario y se le había formado un tumor. "Yo le dije a mi mamá y a gente amiga, acá se viene la misma que en Chile. Faltaba lo mismo que allá, no había papel higiénico, no había pan, no había Colgate, no había aceite. El sistema para derrocar un gobierno popular era exactamente lo mismo. Y después, la persecución igual. Como yo no actué, desde que llegué en octubre hasta marzo, que fue el golpe, yo no aparecía en ninguna parte. Pero después de marzo, me junté con las mujeres exiliadas chilenas y empezamos a armarle la guerra a Pinochet acá", dice.

De ahí en más siempre militó. "Y sigo trabajando en el peronismo pero no en el pejodismo, porque me parece que aquellos compañeros que transformaron el movimiento en un partidito donde hay luchas personales, se equivocaron, no leyeron bien la doctrina." Lo dice todo con esos enérgicos labios pintados de rojo, que más de una vez habrán sembrado temor. Delgada, enfundada en un trajecito lila y una camisa floreada, cruza y descruza las manos huesudas sobre el escritorio, inquieta. A veces se ríe de las viejas épocas. Y otras mira al aire, al recuerdo, o quizás la Evita joven, con el pelo al viento, que muestra un cuadro en la pared. "Esa es la Evita que a mí me gusta", dirá. Seguramente parecida a aquella Beba que no pudo imaginarse jamás que salir a aquella plaza el 17 de octubre cambiaría su vida para siempre.

LEER LIBROS USADOS

La crisis y los precios desorbitantes de los libros importados han puesto nuevamente de moda las librerías de viejo: además de la historia de cada uno de esos lugares, en ellas se siguen consiguiendo perlas antiguas por muy poca plata.

POR MARIA MORENO

Basta de llantos si el aperitivo cultural del verano, si la droga que nadie se animaría a llamar vicio que significa leer hasta los boletos de colectivo, obliga a sacarse la pizza de la boca o a pagar vencidos los impuestos. Un poco de romanticismo y otro de sentido práctico, y basta también de derramar nostalgias por el *coitus interruptus* con el libro importado. Es cierto que las librerías de viejo ya son como tierra depredada y que el saldo ofrece, amén de su desprestigio letrado, el *best-seller* mugriento y no la primera edición de un libro de Macedonio Fernández. Pero Corrientes sigue siendo para los pies inquietos un lugar de tesoros entre dos tapas que sobrevivió a malarias y dictaduras.

En los años '60, todavía nadie sacaba a relucir que en el bar El Estaño había trabajado de mozo Aristóteles Onassis y el hecho de que hubiera servido al mismísimo Gardel era tan probable como el encuentro operístico entre Evita y el Che, pero los dos rumores ya se insinuaban en el tramo que juntaba la avenida Callao con Cerrito, donde todas las farmacias ofrecían paraísos artificiales sin recetas y los libros eran las más codiciadas flores nocturnas para abrir con los dedos y aspirar el perfume de universos tan plurales que podían contener tanto *Las once mil vergas* de Apollinaire como *Las obras completas* de Mao Tse-Tung. *Las venas abiertas de América latina* de Eduardo Galeano llegó a vender 600 mil ejemplares sólo en la Argentina, como era también argentina la editorial que consagró a un autor internacional aunque se llamara Sudamericana: Gabriel García Márquez y sus *Cien años de soledad*.

–Eran los tiempos del circo –dice Fernando Noy, ahora convertido en una terrible bebedora de agua mineral–, cuando Tanguito era el Jimi Hendrix del mambo y mi corazón colorado estaba inmerso en anfetaminas. Silvia Washington, la bagualera electrónica, solía ensayar en La Paz con su guitarra. Tenía un enorme tapado de leopardo desgarrado y una nariz tipo Wanda Landowska. Nos pasábamos toda la noche sin dormir mientras su voz se derretía de benzedrina y caía por las ventanas de los sedientos del hastío. "Las ramas del tiempo te raspan adentro/ no sé si se trata de un experimento/ santo entendimiento/ santo entendimiento", cantaba. Hasta que en el '64 prohíben la anfetamina, muere el circo y Tango entonces canta: "La muerte está de turno".

Entonces, Noy era un secuestrador de libros público y privado, un artista del caloteo letrado que combinaba con el de jabones –extraídos de las mismas bandejas de las farmacias donde compraba anfetaminas– y flores que venía arrastrando de los jardines de Ramos Mejía.

–No era chorra, era cleptómana. La cleptomanía es el arte milenario de sustraer al objeto de su inercia. Es decir, de hacerlo entrar en el nivel de la vida: hoy, la estatuita de jade, otrora reposando muerta, recupera su movilidad.

Noy sacó de su inercia *Extracción de la piedra de locura* de Alejandra Pizarnik, después consiguió su teléfono y su amistad. Y un día la hizo venir al café La Paz a pesar de que, como decía Macedonio, ella no dormía de ese lado y de que Noy le jurara que la avenida Corrientes era lo único que unía al grupo Boedo con el Florida.

DEL USADO AL SALDO

–Yo no conocí esa Corrientes –dice el ensayista Christian Ferrer–. La conocí en el final de la dictadura. Pero la melodía de la ciudad estaba ahí antes de la música, de los bares y de las librerías como lugares simbólicos que fueron creados por el tango, y no que preexistían a él. Es que Corrientes es como una cicatriz de la historia cultural argentina. Pensada como arteria según la metáfora extraída de los descubrimientos de William Harvey, más bien es un coágulo. Y la mesa del bar como barrera entre un hombre y una mujer prefigura la cultura psi donde lo que separa es un diván. Aun en la dictadura las librerías de viejo eran como yacimientos. Había que encontrarles la veta, tener la mirada entrenada para ver en la oscuridad de la cueva como un minero.

Ferrer tiene esa mirada y dice haber reconocido en una película del cine nacional, durante una escena fortuita ocurrida en una librería de viejo, un ejemplar de *Los exiliados románticos* de Edouard Carr "por el lomo". También David Viñas puede otear a cinco metros un estante repleto de la librería Edipo, cantar *Hombres de presa* de Luis María Drago, avanzar resuelto y pescarlo con una pinza.

Germán García, amén de detector, es un aventurero: en la década del '60, mientras buscaba la bibliografía para escribir *La entrada del psicoanálisis en la Argentina*, podía ponerse contento por haber encontrado un extraño ejemplar titulado *Memorias de un obispo ciego* e irse contento a pasar la noche en vela. El es quizás uno de los pocos entrenado en hablar a los gritos de un tema, mientras está buscando otro entre los estantes, encontrar un tercero y promoverlo enfáticamente al amigo que lo acompaña.

–La culpa del fin de las librerías de viejo la tienen los profesores universitarios que, engolosinados con el uno a uno, empezaron a

SANDRA CARTASSO

consumir sólo las novedades dictadas por sus agendas de congresos y conferencias. Además, uno no sale limpio de las librerías de viejo, sale con las manos sucias, pegoteado por el polvo de esa suerte de capas geológicas y eso no les gusta –dice Ferrer.

Pero hay algo más inquietante entre los saldos expuestos en las mesas ensartadas por los cartelitos catástrofe con el anuncio del precio –suele aumentar desde la entrada al fondo–, hay aún libros usados, valiosos a menudo por su contenido y por su autor, pero sin que por eso pierdan su aura de espectros: pueden ser los libros de la cultura de izquierda secuestrada a los desaparecidos, joyas de las bibliotecas atesoradas por los estudiosos nacionales y vendidas presurosamente por voraces herederos, reliquias de las que lectores amorosos se desprendieron con dolor en la bancarrota personal, ejemplares dedicados por Borges para Emecé le pelea el estante al saldo, aunque todavía él llore acordándose de la librería Rodríguez y de La Casona de Iván Grondona, situadas en los bordes de Corrientes, donde de joven despuntaba su vocación de urraca.

DEL CUARTO PROPIO AL AVION EN VUELO

Las encuestas dicen que las mujeres leen más y, aun en versiones reprochables, por la cultura "alta" suelen ser más abiertas para el picoteo, para esperar de la lectura una filosofía de vida que implique el cuidado de sí o el sueño inconfesable que *Madame Bovary* convertía en pasaje al acto. Esas todavía hacen el recorrido que va de Callao al Obelisco con un concepto que mezcla lo ahorrativo y lo pedagógico con la idea de asignatura pendiente que puede rendirse bajo la lona de una carpa y con el ruido de fondo de la familia tipo. Entonces pueden aprovechar en Gandhi los *Cuentos completos* de Francis Scott Fitzgerald que salen 14 pesos vía Alfaguara, previo soborno de los jóvenes de la familia, iniciables en la literatura española actual a través de *El pozo de Ulises* de Ana María Matute y *El castillo de las tres murallas* de Carmen Martín Gaite, editados por Lumen y vendidos a 3 pesos en La Oferta, que queda en Corrientes al 1900. En la misma cuadra y al mismo precio, en Fin de Siglo, podrán compartir la experiencia de psicoanalizarse con el más grande si compran *Tributo a Freud* de la poetisa Hilda Doolittle (Schapire).

Si eligen un veraneo en la costa atlántica, para meterse en aguas profundas también en el sentido figurado pueden optar, también en Gandhi, por comprar *Temor y temblor* de Soren Kierkegaard a 12 pesos o reírse previa adquisición de *El supermacho* de Alfred Jarry por el mismo precio y en el mismo lugar.

En Monk Libros, de Corrientes al 1400, un clásico de la crítica literaria feminista como *Surrealismo y sexualidad* de Xaviére Gauthier, que editó Corregidor, sale 6 pesos. En el mismo lugar, los libros de investigación periodística que fueron *best-sellers* ayer aún interpelan conflictos de hoy sólo que a precios más bajos (entre 4 y 7 pesos), desde *Ya nada será igual*, la Argentina después del menemismo de Eduardo Jozami editado por Sudamericana, hasta *El post-liberalismo* de Mariano Grondona editado por Planeta, pasando por el clásico *Pizza con champagne* de Sylvina Walger (Espasa Hoy).

Si es verdad que las mujeres leen a las mujeres y sin necesidad de caer en las novelas de Isabel Allende o de Laura Esquivel, se merecen encontrar *Blondie* de Joyce Carol Oates, una novela sobre Marilyn Monroe (Plaza & Janés) a 5 pesos, lo mismo que *La flor de lis* de Elena Poniatowska (Sudamericana). Eso pasa en Dickens, Corrientes al 1300. Y la que chille: "A mí, déjenme veranear", puede acercarse al 1200 y comprar en la Librería Argentina *Seguir sanos* del padre Mario o *Se dice de mí*, una biografía de Tita Merello escrita por Néstor Romano, las dos editadas también por Sudamericana y a 5 pesos.

¿Qué leen las mujeres que escriben? Pregunta zonza con que el periodismo intenta disimular que sólo es posible consultar a algunas y que no hay costumbre igual a otra.

Ana María Amado, profesora de la UBA a la que le interesa el análisis de la imagen cinematográfica, divide el *nécessaire* de verano entre los libros digestivos, los deseados y los postergados-necesarios. Entre los primeros planea devorarse *El destino de las almas* de Graciela Avram; entre los segundos, *Vértigo* de W.G. Sebalds. El postergado-necesario tiene un título arduo: *El inconsciente óptico* de Rosalind Krauss, en los tres casos relativamente novedosos, aunque ninguna oferta.

Tamara Kamenszain dice que el verano no la distrae de estar al día y siempre sigue las novedades de Agamben y Derrida que suele consumir cuando está "en estado de trabajo". Como buena poeta y ensayista, asocia el ocio a la novela y la novela al viaje en avión. Por eso dice leer *on the road* y por eso leyó *El gran cuaderno* de Agota Kristof durante un viaje a Cuba, donde el aeropuerto coincidió con el último renglón.

Luisa Valenzuela reconoce que perdió la costumbre de hurgar en librerías de viejo cuando heredó la completísima biblioteca de su madre, Luisa Mercedes Levinson, aunque debería estar agradecida a esos sucuchos sorprendentes que ella conoció en los barrios bohemios de París y de Nueva York, ya que fue en uno donde Susan Sontag encontró *Aquí pasan cosas raras* y ese año, según el *Times*, lo eligió entre sus favoritos. Ahora, que se va a Punta del Este a dar una conferencia, dice que se lleva sólo materia de trabajo con un solo polizón: *Océano mar* de Alessandro Varicco que va a leer en la playa, tipo performance. De invierno, lee las novelas de Leopoldo Brizuela, Pablo de Sanctis y Diamela Eltit. Ninguna de las consultadas compra en librerías de viejo, seguramente por la misma razón: tener una considerable biblioteca. Christian Ferrer sigue en las recorridas inquisidoras que para él tienen lugares mucho más secretos y más difíciles de explotar aún para los baqueanos que la calle Corrientes.

–A veces encuentro algo y me indigno. ¿Cómo no se lo llevaron? Los libros están ahí. Te llaman aunque no puedan gritar.

Hacer justicia

Si no la vieron nunca, prueben por favor mañana sábado, a las 15 o a las 20, por la señal de cable Hallmark: la serie se llama "Judging Amy" ("Juzgando a Amy") y aquí fue rebautizada "La juez Amy", pese a que en los subtítulos se traduce en femenino –jueza, claro– el cargo de la protagonista. Empezó a emitirse en 1999 en los Estados Unidos, con buen suceso, y en el camino cosechó nominaciones y premios. Está inspirada, si bien instalando sus historias en nuestros días, en episodios que vivió la madre de la actriz que encabeza, primera mujer graduada en leyes en Harvard, que actualmente integra la Corte Suprema de Connecticut: ambas portan el nombre de Amy Brenneman, y por cierto es la hija (a la que recordarán como la novia de Robert De Niro en *Fuego contra fuego*) quien llevó adelante este proyecto. Lo ideó, se convirtió en su productora e intérprete. Para desarrollar la línea principal convocó a la novelista Barbara Halle, también autora de algunos de los guiones (junto a Lyla Oliver, Nicole Yorger, Natalie Chardez, entre otras/os libretistas).

Dentro de un reparto irreprochable se puede destacar, aparte de la adecuada Brenneman en el rol de la jueza que sentencia en casos relativos a chicas y chicos, a la grandiosa Tyne Daly (inolvidable en "Cagney & Lacey", en los '80) como la madre curtida, protectora, irónica, dura por fuera y tiernísima por dentro. Otra que afana cámara con encanto e inteligencia es Jillian Armenante en el inefable personaje de empleada de la Corte, Donna, que queda embarazada de un presidiario sin saber que se trata de un asesino. Entre los actores, Dan Futterman da realce y riqueza de registros a Vincent, el hermano más querido de Amy, y el negro Richard T. Jones, con su distancia cáustica, es un asistente sexy que justifica plenamente que la jueza haya tenido un romance con él (pese a que los chusmeríos sobre esa aventura complicaron la vida de la magistrada).

Como toda buena serie de tintes legales estadounidense, "Judging Amy" no sólo presenta un espectro amplio, interesante, a veces sorprendente de casos ligados a la infancia y la adolescencia, sino que también despliega varios relatos paralelos en sus capítulos de una hora. Amy, madre de una niña de siete años, está divorciada y por ahora coquetea con un profesor de karate más joven, antes fue fiscal en N.Y. y ha vuelto a su terruño –Hartford, Connecticut– a la casa de su madre Maxine, asistente social que se consume de indignación ante la inoperancia y la corrupción que afectan a los chicos más desafortunados. Ella es tan idealista, sensible y generosa como su hija Amy, aunque ciertamente más iracunda.

De modo que la compleja y a la vez transparente trama de la serie transcurre entre los casos que Amy encara y arbitra en la Corte (desde una chica de 15 que dejó a su bebé no deseado en la puerta de la iglesia un día muy frío y se murió, hasta un asunto de presunta posesión satánica de una niña), la problemática infantil que atiende Maxine en su oficina, la vida cotidiana en la casa familiar que reúne a tres generaciones de mujeres –y a la que acuden regularmente Vincent, otro hermano casado y su crispada mujer, la adorable Donna, etc.–, entre las cuales se hace oír la más chica, Lauren, un pizpireta que pone en aprietos frecuentemente a su madre Amy. Es que a la jueza a veces le resulta más peliagudo entenderse con su mamá y con su hijita que pronunciarse en casos tan complicados como el de las adolescentitas que, por despecho después de haber sido reprendidas, inventan que el entrenador del colegio quiso abusar de ellas. La defensa alega que no son responsables, presenta una nota de arrepentimiento y pide que se borre el cargo de falso testimonio; el acusado en falso dice que con disculpas no basta, que la mentira manchó su reputación, que nunca la recuperará del todo. Y Amy, después de pensársela, manda a las chicas a pasar el día en la misma celda en que el profesor pasó diez. Para que tomen conciencia *in situ* del gran daño que causaron y esa vivencia se les grabe en la memoria.

EL REGALO

ARQUETIPAS POR SANDRA RUSSO

–¿Volviste a hablar con Luis?

–¡¡No!!

–¿Tan mal quedaron?

–Mirá: hay que cortar por lo sano. Cuando algo no funciona, no funciona.

–¿Y cómo estás?

–... Bien. Me la estoy bancando bien. Ya soy grande. Lo que no va, no va.

–Así que hace como un mes que nada.

–Nada. Nada de nada. O la cortaba ya, o me metía en un taller de Mujeres que Aman Demasiado. Pero en el de las que Aman Demasiado Poco. Ya lo estaba por acuchillar.

–¿Y cómo te arreglás los fines de semana?

–Bien. Como puedo.

–¿Qué hiciste el sábado?

–¿El sábado? Fui a dejar una seña para el regalo de cumpleaños. Cumple el jueves.

–¿Quién?

–Luis.

–¿Cómo una seña para el regalo de cumpleaños? ¿Qué le vas a regalar? ¿Por qué le vas a regalar algo? ¿No hay que cortar por lo sano?

–Lo que pasa es que él a mí me hizo tantos regalos... Me regaló un viaje, vestidos, un sofá, la agenda electrónica, compacts, bikinis, una biblioteca, aros, un puf, uf, qué de regalos me hizo este hombre... Así que ahora lo quiero reventar.

–¿Y cómo lo vas a reventar? ¿Le vas a regalar una cartabomba?

–No, señé un grabado florentino del siglo XIX que él había visto en una casa de antigüedades. ¡Vale un huevo!

–¿Cuánto vale?

–Mil quinientos pesos.

–¿Pero vos estás loca? ¿Cómo te vas a gastar mil quinientos pesos en un hombre que ya no te interesa?

–Es que le quiero demostrar que él no es el único que puede hacer buenos regalos.

–¿Y qué importancia tiene demostrarle eso?

–No sé.